CRONISTA MAYOR DE BUENOS AIRES

Año 6 | BUENOS AIRES, MAYO DE 2004 | Núm. 44

VIVIR EN POMPEYA

INTRODUCCIÓN

Esta publicación es el resultado de un emprendimiento conjunto entre el Centro de Gestión y Participación Nº 5 y el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Dentro del plan de actividades desarrolladas por el Centro de Gestión y Participación a fin de conmemorar el pasado y presente de Pompeya, se solicitó la participación de este Instituto Histórico para trabajar junto con los descendientes de los primeros pobladores del lugar, con la intención de reconstruir aspectos de la historia barrial y de su gente, a través de la recolección y el análisis de los testimonios de aquellos que estuvieron ligados a momentos de su pasado y que podemos considerar fundacional.

Familia Patti y jóvenes del barrio, Avda. Centenera 3011, Año 1940.

Para llevar a cabo este proyecto organizamos talleres de Historia Oral en el barrio, coordinados por la historiadora Marcela Vilela, para así recabar y preservar las memorias de los primeros vecinos.

La tarea realizada no tuvo como objetivo reconstruir literalmente la historia de Pompeya, sino registrar, de algún modo, ciertos momentos de la vida del barrio, a través de los relatos de sus vecinos.

Son justamente estos relatos los que posibilitan –como dice De Certeau, refiriéndose a las ciudades– que el barrio sea creíble, que se impregne de vida, que se torne habitable. Son sólo veinte voces que, con sus testimonios, les dan vida a miles de otras voces, anónimas, lejanas, que vienen del pasado a trasmitir su historia.

Debido a que la oralidad tiene un papel fundador en la relación con el otro, constituye el espacio esencial de la comunidad, organizando a todos: la familia, la calle, el trabajo, el juego... El barrio como expresión de un conjunto de singularidades, de mil combinaciones de existencias. El barrio, un todo amalgamado, compacto, pero también heterogéneo, contradictorio, cambiante.

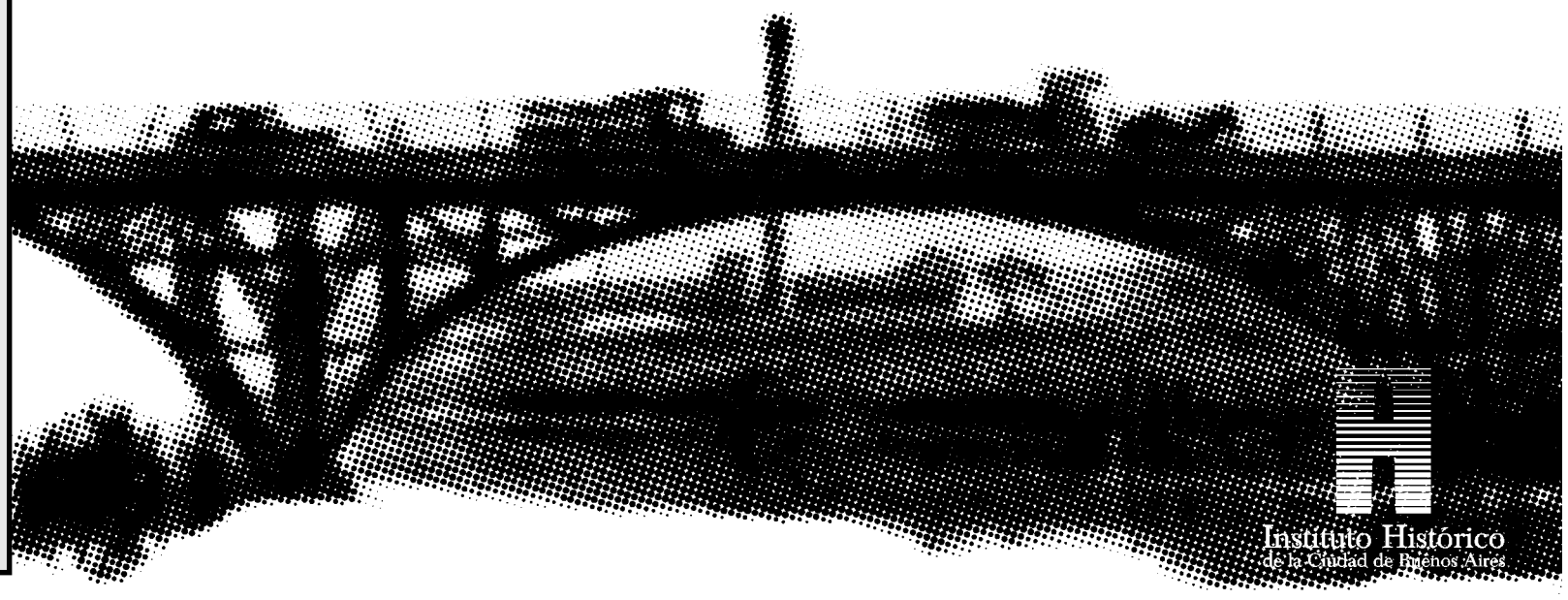
"UN SUELO HABITADO DESDE HACE MUCHO TIEMPO"[1]

Ellos, hijos y nietos de los primeros habitantes del barrio, se escuchan, se interrumpen, se emocionan, mientras van tejiendo sus historias formadas por retazos de recorridos, cada cual con su experiencia de vida, con su bagaje de anécdotas. Historias que, en algún punto, se cruzan, se integran, se vuelven una sola. Como el relato de la llegada a ese suburbio, en el inhóspito sur de la ciudad, "hecho de tierra, de llanura, de mucho cielo y ante todo de soledad", como describía Borges el arrabal[2]; y como decía Homero Manzi, quien le escribía con tanto amor al sur de su infancia como si éste fuese la novia más amada: "...Y a los cuatro rumbos, casas sin alas y corredores profundos y huecos sembrados de vidrios y latas y de hombres traídos por los mares y mujeres con pañuelos atados a la cabeza, y muchachos argentinos que estaban fundando, sin saberlo, el hijo nuevo de la patria vieja. Y tal vez este mismo cielo, esta misma mañana las estrellas de siempre y el mismo calor de barrio y un amor parecido entre sus gentes sencillas".[3]

Todas son huellas indelebles que han quedado para siempre en la memoria del barrio: desde el italiano que puso una curtiembre y construyó casas para los obreros y también una escuela para sus chicos; pasando por los obreros que llegaron a trabajar en esa curtiembre y allí formaron una familia; los que participaron en la construcción de la iglesia; aquellos que fundaron el club del barrio, la sociedad de fomento, la biblioteca pública, los centros socialistas, hasta quienes protagonizaron las luchas obreras, los sucesos de la Semana Trágica de 1919, y también el 17 de octubre del 45.

En el marco de la realización del Festejo Aniversario de Nueva Pompeya, en el mes de mayo de 2003, el Centro de Gestión y Participación N° 5 entregó diplomas a las familias descendientes de los primeros pobladores y en noviembre del mismo año se realizaron, junto con el Instituto Histórico, los talleres de Historia Oral.
La ciudad, la gente y el barrio son temas movilizadores y muchas veces se manifiestan diálogos entre posiciones encontradas o similares. Por tanto, consideramos que este taller ha reconstruido y resignificado una parte de la historia del barrio, ya que existen otras historias no contadas hasta este momento.
Para nosotros constituye el punto de partida para seguir acompañándolos como protagonistas en un espacio presente y en un proceso que intenta recuperar el recuerdo para un conocimiento colectivo.

DIRECCIÓN SOCIO CULTURAL
CENTRO DE GESTIÓN Y PARTICIPACIÓN Nº5



EN CONSTRUCCIÓN...

Según Adrián Gorelik, los barrios porteños se hacen visibles hacia fines de la década de 1910, como "fenómeno material, social y cultural: la novedosísima producción de un espacio público local que reestructurará la identidad de los heterogéneos sectores populares en el suburbio".[4]

La construcción del barrio se dio a partir de la suma de grupos de "vecindarios dispersos y semirrurales, amorfos y descaracterizados en un nuevo compuesto urbano (...) Por eso puede afirmarse que el barrio como artefacto público no es el producto de la expansión cuantitativa de la ciudad sobre la pampa: la expansión produce esas pequeñas comunidades fronterizas que aquí prefiero llamar 'vecindarios', núcleos tan próximos a veces como separados por barreras infranqueables, materiales y sociales (...) En estos vecindarios se dan relaciones sociales inmediatas, producto de la necesidad y el aislamiento (...) El barrio, por el contrario, es su reconversión pública, la producción sobre la expansión cuantitativa de los sectores populares al suburbio, de un territorio identitario, un dispositivo cultural mucho más complejo en el que participan un cúmulo de actores y de instituciones públicas y privadas, articulando procesos económicos y sociales con representaciones políticas y culturales".

Es así como, en Buenos Aires, los barrios pueden surgir cuando ese territorio compuesto por los vecindarios "es resignificado radicalmente por la aparición de un espacio público de escala local, constituido en un complejo proceso de formación de instituciones vecinales y producción de una moderna cultura popular".

En el caso de Pompeya, algunos de los relatos se remontan a los tiempos de estos vecindarios. Un relato transmitido, legado, que narra la llegada de sus mayores a este espacio en construcción, un espacio complejo, lleno de obstáculos. Un relato que en muchos casos culmina con el "logro de la casa propia", como el hito que señala el arraigo definitivo y, a su vez, el comienzo de la historia familiar. Testimonios que trascienden los límites del barrio y que reflexionan acerca de los valores de una época.

Pompeya se erigió en una zona de bañados, de terrenos bajos, anegados por las crecidas del Riachuelo o por las aguas pluviales que bajaban desde las zonas altas de Buenos Aires y se estancaban en el Bañado de Flores. Como describe Mabel Scaltritti, "estos terrenos pantanosos, salpicados por lagunas, canales, zanjones y charcos de aguas estancadas, estaban, a mediados del siglo XIX, prácticamente deshabitados. Ese ambiente solitario, casi pampeano, sólo era animado por el pasaje de carros, carretas y tropas de ganado que, desde las campañas del sur y las del oeste, confluían en el Camino Viejo al Puente Alsina (hoy avenida Amancio Alcorta) buscando el Mercado de Frutos de Constitución y el Matadero ubicado en sus proximidades, allí donde hoy se erige la plaza España".[5]

Años después, este lugar comenzó tímidamente a poblarse, a pesar de que por sus características topográficas y por la instalación de la Quema no era el espacio más adecuado para un nuevo asentamiento. Así fue como surgieron los primeros núcleos de población alrededor de algunos establecimientos procesadores de productos ganaderos, criadores de porcinos y elaboración de sus derivados. Estas actividades se instalan en la zona, atraídas por el bajo valor de la tierra; por la cercanía del Riachuelo, que facilitaba la eliminación de residuos; por la proximidad con el Matadero para el aprovisionamiento de materias primas y por último, debido a disposiciones municipales que las circunscribían a este borde de la ciudad. Dichos establecimientos y el Matadero (que poco tiempo después fue trasladado a su actual emplazamiento) sirvieron como motores del poblamiento inicial. No obstante, esta zona no tuvo en este período un crecimiento sostenido; con excepción de los alrededores de los establecimientos procesadores de los productos ganaderos del Matadero, de la recién construida iglesia y de la Quema, donde había algunas manzanas más o menos pobladas, el resto era tan sólo un páramo.

Hacia los años del Centenario, estos núcleos se expanden hacia el sudeste y algunas áreas del noroeste de su territorio, con la constitución de un nudo ferroviario-fluvial de importancia y la instalación de nuevas industrias. En esta época, también, la Quema es desplazada hacia el oeste, el vecino Barrio de las Ranas es saneado y, en ese lugar, se instala la Usina Incineradora Nueva Pompeya y se construyen las Playas Ferroviarias del ingeniero Brian, donde confluyen un ramal de Ferrocarril Oeste y las líneas de la Compañía General Buenos Aires. La demanda de mano de obra y los loteos de terrenos atrajeron a nuevos contingentes de población. Los nuevos núcleos poblacionales surgen próximos a la Usina, a la Playas Ferroviarias y a fábricas y talleres.

Vista aérea del Puente Alsina, 1938.

Los testimonios que transcribimos a continuación dan cuenta de ese primer momento en la vida de Pompeya:

Cuando acá no había absolutamente nada, las tierras eran todas habitadas por cerdos, todas chancherías. Entonces parece ser que toda industria que llegaba tomaba lo que le venía cómodo: agarramos todo esto, lo cercamos y es mío. Había un montón de industrias grandes que tomaban las calles. (Humberto)

Se aprovechaban, sabían que acá iba a haber una calle pero se aprovechaban. Si es puro campo esto. No vive nadie acá. ¡Extendamos la fábrica! Ese fue un tema muy serio. (Mauricio)

Quizá nuestros antepasados no fueron los primeros en llegar. Ya algo había: algunas industrias, mataderos de caballos, fábricas de cebo. Pero, prácticamente, esto era un descampado. (Arnaldo)

Los que llegaron acá fueron mis bisabuelos traídos por un hermano que se arriesgó a venir desde Como, Italia, y entró a trabajar a una curtiembre que se llamaba De Filippi y, cuando cerró, él se instaló por su cuenta. Luego, en el año 1879, se trasladó a Pompeya y compró el terreno donde hoy está la curtiembre. Allí mismo se fundó el Colegio Luppi, con la idea de dar instrucción a los hijos de los obreros que vivían dentro del predio de la curtiembre. Porque, en aquella época, en el mismo lugar había viviendas para obreros y también para los dueños porque era muy difícil trasladarse. Después, él fue llamando a sus hermanos, y entre ellos está mi bisabuelo. (Hilda)

Mis abuelos vinieron acá porque los Luppi daban vivienda en la fábrica a los paisanos que querían venir a trabajar; entonces mi abuelo se vino para acá desde Génova. Aquí se casó con una paisana y se fueron a vivir a la vivienda que los Luppi ofrecían. Su primer hijo nació en una pieza adentro de la fábrica. Y, con ese criterio que tenían de ser ahorrativos, con lo que ganaban en la curtiembre mi abuelo se compró un terreno y más adelante la casilla de madera que se apoyaba en unos pilotes por las inundaciones. (Nilda)

Mis bisabuelos paternos vinieron al barrio desde el sur de Francia, justamente atraídos por las incipientes curtiembres que ya había en la zona. Vinieron directamente a Pompeya. En cambio, los padres de mamá se casaron en 1895 y vivieron un tiempo en Corrientes y Gurruchaga. Luego, paseando, vinieron en tranvía a conocer la iglesia de Pompeya recientemente inaugurada. Mi abuelo trabajaba en la curtiembre La Franco Argentina, y venía caminando hasta Parque de los Patricios (...) Entonces se vinieron a vivir a Pompeya porque se compraron la casa. (Élida)

Compran la propiedad a medias con otra persona, una precaria casa de chapa, como era en ese entonces, con paredes de barro y, después, con el correr del tiempo, mi padre va haciendo su economía y le compra la parte a esta paisana para quedarse con la propiedad (...) A medida que fue transcurriendo el tiempo, de a poco la fue mejorando, y puso en casa un despacho de pan como para poder ayudarse, mi madre atendía ese despacho (...) Mi infancia fue también carente de vecinos, porque no había nada. Estaba mi casa, había otra al lado y, luego, estaba lo que después de muchos años fue el almacén del Chino. (Humberto)

A estos relatos se les agregan los que se refieren a la aparición de las primeras instituciones, aquellas que obraron como constructoras de identidad barrial:

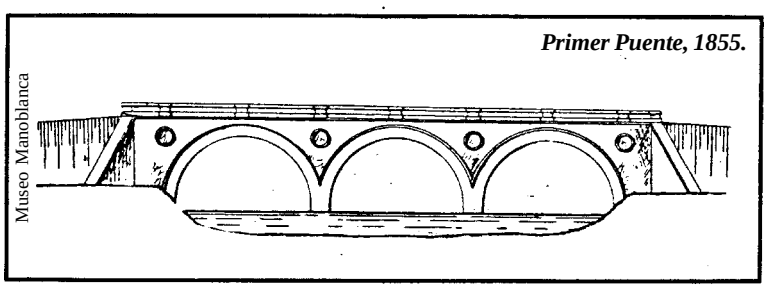
La Sociedad del Bañado comenzó con una banda en la que mi abuelo tocaba el trombón. Eran muy jóvenes cuando la crearon, lo que pasa es que, cuando ellos vinieron de Italia y empezaron a formar un grupo de vecinos, terminaban por no saber qué hacer un domingo, entonces se les ocurrió que los que sabían tocar un instrumento formaran una banda. (Nilda)

Como aquí, en el barrio, hasta 1894 no hubo ni médicos ni farmacia, se agrega a esta banda de música una Sociedad Mutual. Entonces, allí comienzan a instalarse los primeros médicos en el barrio. (Élida)

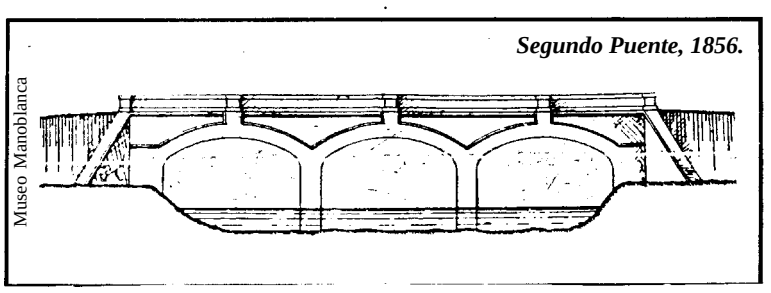
A medida que pasaban los años había mejoras porque había una Sociedad de Fomento, que estaba en la otra cuadra de mi casa, y se llamaba Barrio Colón. Se preocupaba de que hubiera luz, cloacas, pavimento, todo esto no había. Que se mejorara el barrio, que pusieran árboles. Es decir, una Sociedad de Fomento de la cual uno se sentía orgulloso. Mi padre fue integrante de algunas de las comisiones directivas de esa sociedad. Otra de las cosas que hacía era traer los cines en camiones, las noches de verano para pasar películas para los chicos. También se vacunaba contra la difteria y había turnos de algunos médicos por si los pobladores no podían llamar a un médico particular. Después, la Sociedad de Fomento se fusionó con un club que se llamaba Riestra, de la calle Tilcara. (Mauricio)

Mi padre fue socio fundador de Huracán, que se fundó en la casa de don Tomás Gensayi. Para mí, la palabra Huracán, cuando era chica, era una mala palabra, porque veía las rencillas de mi madre con mi padre: "¿No te da vergüenza a vos dar toda esa plata para esto?" (...) Los primeros arcos fueron guardados en la casa de mi abuela en la calle Traful (...) Mi padre tuvo tantas rabietas con ese club,

El puente Alsina volvió a recibir esta denominación a partir del mes de julio de 2002. Sus nombres anteriores fueron: Paso de Burgos (1855), Valentín Alsina (1859) y José F. Uriburu (1938).



Primer Puente, 1855.



Segundo Puente, 1856.

porque él lo hizo con tanta generosidad, y vio que fue todo un engaño. La cancha iba a ser acá, en la calle Roca, y después se compraron los terrenos donde está ahora. (Olga)

Mi padre jugaba al fútbol en los clubes del barrio: Nueva Era y Huracán. (Omar)
Cuando formaron el club de barrio, el caso de Unidos de Pompeya o Franja de Oro, también cuando se propusieron hacer el salón teatro. Uno era carpintero, el otro albañil y el otro sabía de hormigón armado, y los que no sabían nada hacían de peones, pero trabajaban todos. Pero, ¿qué pasaba? Tal vez a las cinco de la tarde ya estaban libres. Entonces, podían utilizar esas horas, y las dedicaban a la comunidad. (Élida)

Yo me acuerdo que en la sobremesa de la noche se reunían las familias amigas, casi todos los días. Me acuerdo dormirme en los brazos de mi papá mientras ellos contaban sus historias del barrio. Porque papá también participó en la Sociedad de Fomento de la calle Beazley, que ya no existe. (Azucena)

El colegio Luppi influyó mucho en nuestra forma de vivir. (Gregorio)

Cuando yo iba a la escuela La Banderita, que creo que lleva el nombre de Bozalla, una fábrica de tejidos muy grande que había en el barrio, una vez por año a todos los chicos, pobres, no pobres, se les regalaba un guardapolvo. (Azucena)

(...) Bozalla fue el que la construyó (...) También mantenía a los chicos pobres que allí concurrían. Justamente puso la escuela porque para 1911 o 1912 no había escuelas cerca, sacando la de Famín y la de Luppi. Entonces, los chicos de sus empleados no tenían adonde ir hasta que estableció la escuela ahí y les dio estudio a todos. También venían todos los chicos de la provincia. (Humberto)

La mayoría de nosotros cuando éramos chicos íbamos al asilo, al Dopo Scuola, para que nos dieran el vale para después ir a ver cine a la tarde. (Pablo)

Íbamos a la misa los domingos, donde nos daban un bonito para ir al cine a la tarde. Entonces, todos los chicos íbamos más por el bonito que por la misa, pero era lo único que había (...) Salíamos del cine, comprábamos un pedacito de turrón y de vuelta a casa. Si era temprano el paseo era de Beazley y Alcorta, donde yo vivía, al puente, lo subíamos y bajábamos, eso era todo. (Amanda)

Cholo Schiavini, Farmacia Scillone, Centenera y Tabaré, 1935.

Mi hermana Selvita venía y me decía: "Olguita, apurate que tocó menos cuarto". Yo corría; parecía la más devota. Mi hermana era tan mística... y yo no tenía nada de esto. Pero, ¿por qué iba a misa? Para que me dieran el vale. Iba con esta especulación del bono. Si no, no teníamos para poder entra. (Olga)

Los relatos que antecedieron se refieren a tres instituciones que construyen relaciones entre la sociedad civil y el Estado: la escuela, la sociedad de fomento y el club. La primera, la escuela, según refiere Gorelik[6], producida desde arriba por el Estado; las otras dos, por la sociedad local. Debemos agregar una cuarta institución señera en la vida barrial: la parroquia, donde más de una vez, según los recuerdos de los testigos, fue el escenario de travesuras infantiles.
Ahora bien, una vez que los vecinos llegaron a Pompeya, se establecieron y crearon sus instituciones, el barrio estaba consolidado. Pero nada fue fácil. Ellos debieron luchar, y mucho, con las características del terreno. La proximidad del Riachuelo, las tierras bajas provocaban frecuentes inundaciones, lo que hizo imprescindible que los terrenos fueran rellenados y que las primeras casas se construyeran sobre pilotes. Varias fueron las narraciones que reflejan este hecho.

Otra cosa que me llegó a través de mis abuelos es el tema de las inundaciones, esta zona era típica de inundaciones hasta que hicieron todas las obras hidráulicas en el Riachuelo. Mi abuelo decía que tenía en su casa un bote y, cuando se inundaba, salían a sacar a la gente que estaba en los lugares más comprometidos. (Alicia)

Entonces, mi padre, en el año 1926, empezó a elegir qué lugar tenía una barranca grande para que no quedase depositada el agua. En el Bañado, al 2200, vendían terrenos. Era una barranca terrible, de modo que ahí el agua no se quedaba estancada, porque la obsesión de él eran las inundaciones. Es o la parte inicial de Pompeya o el final. Era una zona más nueva, más poblada. (Mauricio)

La primera construcción que hizo mi padre, como acá se inundaba, era como las del Tigre: los pilares altos y la casa arriba. Esa fue la primera casa que tuvo mi papá acá en esa época. Porque teníamos 4 metros y medio de diferencia con la avenida Sáenz. Se rellenó todo con ceniza que venía de la Quema, que estaba en Alcorta y las vías. En Alcorta se quemaba y después las cenizas se trasladaban en una zorrita que tomaba por avenida Roca rellenando los lotes. En mi casa eran 4 metros y medio de relleno. (Elvira)

La avenida Alcorta no estaba ni empedrada ni asfaltada, tenía apenas un trayecto donde pasaba el colectivo amarillo y después zanjones para acá y zanjones para allá. Entonces, venían los carritos para rellenar esos zanjones de los costados. Mi padre empezó a edificar ahí, en Ferrer, a una cuadra de Centenera. El tenía que rellenar cuatro metros de profundidad; entonces, había que comprar los materiales para rellenar todo eso. Se tomaba el trabajo de pararse allí, en Centenera, y ver pasar los carritos. Y les compraba lo que quedaba de la hornalla, las cenizas. Les pagaba cinco pesos a los carritos y con eso los muchachos se iban a tomar un vino al almacén del Chino (...) Hubo que levantar cuatro metros para quedar al nivel de la calle. La tierra era cara. Mi padre seguía metiendo cenizas hasta que se dio cuenta de que iba a necesitar muchísima cantidad, entonces agarró la mitad del terreno y lo dejó para sótano. Mi padre no midió las consecuencias cuando compró el terreno de todo lo que había que rellenar. (Humberto)

UN PRIMER MAPA CIUDADANO

Además, hay otros tipos de relatos que tienen que ver con sus propias experiencias, que se localizan en la casa de su infancia para aventurarse por la geografía barrial, mientras registran el paso del tiempo. Para todos ellos el barrio no tiene una geografía homogénea, sus límites no son rígidos, sino que el barrio de cada uno, el de la infancia, el de sus primeros juegos, el de sus primeras incursiones por la vida, es un universo que empieza y termina en la proximidad de su casa. Sólo años después, cuando la niñez se ha ido, el barrio toma otra dimensión, las distancias se achican, pero, indeleblemente, el lugar primigenio los marcará para siempre:

Yo creo que el barrio, la gente del barrio, eran las cuadras más cercanas. Porque ellos me están hablando de una zona, que es la zona cerca del puente. Porque la gente se movía en un círculo muy chiquito. No es como nosotros ahora que podemos considerar que es la ciudad. Ya nuestro barrio es la ciudad, porque nos movemos (...) Es la cercanía. El ambiente se hacía en las cercanías de donde uno vivía. Iban a ese colegio, pertenecían a ese club. Sáenz para este lado y Sáenz para el otro lado, es otra historia, otro mundo. El límite era avenida Sáenz y el colegio. Yo recuerdo haber ido por primera vez a la parroquia La Divina Providencia a los 18 años, fui accidentalmente (...) Para mí no existía ese lugar, no lo conocía. (Alicia)

Yo nací y pertenecí al otro lado de Sáenz. O sea que nuestro límite también era la avenida Sáenz, pero para el otro lado de donde dijo la señora. Entonces, pocas veces uno aventuraba, sobre todo cuando éramos chicos, cuatro o cinco cuadras más allá. Sólo si había algo que nos llamaba la atención, algún espectáculo. Si no, se terminaba en la avenida Sáenz, porque la vida de este barrio es esta avenida. (Humberto)

Éramos todos pobres, yo puedo contar a lo que jugábamos nosotros. Uno de los juegos era irse al terraplén alto, el de trocha angosta, y con los guardabarros de los Ford A, cuando los tiraban, en una manzana que no había nada edificado, Cruz entre Centenera y Natal, se había hecho como una lagunita de 30 o 40 cm. Ahí tiraban hierros y los guardabarros, y nosotros los íbamos a buscar y nos subíamos al terraplén, echábamos agua y a modo de trineo nos largábamos con eso contra la pared de Bunge y Born. (Pablo)

En ese bar paraban varios con la cara marcada. Pacheli tenía ese bar de gente brava pero a nosotros que éramos pibes nos cuidaba. Nos dejaba jugar al billar y cuando venía la policía nos decía: "¡Pibes!", y silbaba y todos atrás del mostrador a lavar copas. Íbamos a jugar al billar, entonces, cuando él olfateaba que venía el autito de la policía, decía: "¡Afuera!", y había que irse porque seguro que había algún problema serio. (Roberto)

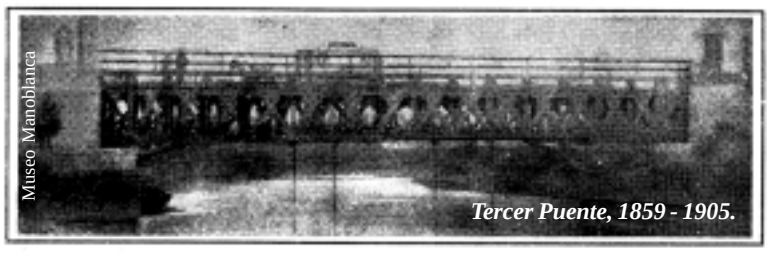
El puente sobre el Riachuelo no es sólo el límite entre la capital y la provincia; para toda esta gente cumple un papel mediador, crea la comunicación al mismo tiempo que la separación, por todas partes surge la ambigüedad.

A nosotros nos dividió el puente, porque antes del año 38 con los vecinos de enfrente extendíamos la mano y cruzaban, iban y venían todos juntos. Cuando vino el puente ¡nos partió!, ¡nos dejó como dos barrios distintos! (María Luisa)

Íbamos a los baños públicos del Puente Alsina a bañarnos porque en los conventillos, en las casas chorizo, había un solo baño y algunos ni ducha tenían. Los chicos teníamos que ir con un mayor, había que llevarse el jabón y la toalla, y nos bañábamos. Era agradable bañarse con agua caliente... (Pablo)

Pompeya, como tantos otros barrios porteños, se nutrió de los inmigrantes, los cobijó en su desarraigo, les brindó su calor, les ofreció una nueva vida, difícil, llena de sacrificios, pero la mayoría de

Colegio Luppi, Publicidad de venta, 1930.



Tercer Puente, 1859 - 1905.

Cuarto Puente, 1910.

las veces, fructífera, al mismo tiempo que creció con ellos, sus esfuerzos lo hicieron próspero, lo ayudaron a crecer...

Nos vinimos de Grecia porque allí se decía: "Vayan a la Argentina porque en ese país se está muy bien". Pero en ese tiempo la Argentina estaba muy mal, era el año 29. Mi papá no tenía trabajo y le pusieron un cartel en el pecho, porque no sabía ni hablar español, y se sentó en la calle Caseros, en el parque, esperando que le dieran trabajo. Daban trabajo para armar vías, en cemento armado, y pagaban muy poquito. Bueno. Y despacio consiguieron trabajo los dos, mi padre y mi madre, acá en la Bunge y Born. Acá sufrió mucho mi padre. No teníamos dónde vivir, dónde ir. Encontramos algunos griegos que nos dieron para vivir. Vinimos a vivir acá, en Roca, en un conventillo, poco tiempo. (Panagiotis)

Toda persona que se tiene que ir de su país de origen sufre un desarraigo, con lo cual le cuesta mucho manifestar los sentimientos y demás, ¿no? Entonces, era como un poco tabú hablar de eso. Pero, bueno, sí, se sabía que ellos habían venido después de la posguerra. Había venido la familia en su conjunto, eso es lo bueno (...) Sé que vivían cerca de la cancha de Huracán. Se alojaron ahí en una pensión, mi abuela lavaba la ropa para familias pudientes y, bueno, el abuelo trabajaba en lo que podía. Y se fueron quedando de alguna manera en el barrio, porque esto era un cordón industrial importante, siempre encontraban trabajo. A la vez ya había una pequeña comunidad griega. (Silvia)

PARTICIPANTES DEL TALLER DE HISTORIA ORAL DE POMPEYA

Hilda Luppi
Arnaldo Luppi
Élida Barroso
Olga Fariña
Nilda Noli
Gregorio Plotnicki
Pablo Smith
Amanda Tossi
Humberto Estábile
Mauricio Rascovan
Roberto Cora
Omar Cora
Azucena Pérez
Alicia Joulie
Elvira Vigo
Luisa Fernández
Panagiotis Papanicolas
Silvia Papanicolas
Catalina Montano

EL SUR OBRERO

Toda esa masa inmigratoria que a Pompeya le dio identidad barrial, que transformó en un barrio lo que era tan sólo un pedazo de campo surcado por bañados, fue también el motor que dio empuje a la incipiente industria que se desarrolló a partir en la primera década del siglo XX. Pompeya se convirtió, así, en un barrio industrial, donde los obreros demarcaron un vez más su territorio a partir de sus luchas, de su protesta.
De acuerdo con Gorelik[7], "podría decirse que el circuito habitual complementa el de las celebraciones oficiales: mientras se mantiene virtualmente la centralidad del eje cívico de la Avenida de Mayo, el peso de las representaciones contestatarias se vuelca al sur. Así termina de construirse la imagen de la ciudad partida en dos: al sur, la ciudad obrera, de la protesta; al norte, la ciudad elegante, de la celebración. (...) Convierten al sur no en un punto más de concentración , sino en la región desde la cual 'vienen' los obreros a la ciudad".

El recuerdo que tengo de lo que contaba mi abuelo, lo que me quedó más grabado, que en esa época debía tener unos 17 años es que cuando fue el cortejo al cementerio a acompañar a las primeras víctimas de acá de los depósitos de Vasena. Cuando estaban inhumando los restos, la policía empezó a tirar de los murallones hacia toda la multitud que estaba ahí, muchísima gente. Y ellos, muchachitos, bueno, fue un desbande, una confusión total, y ellos se quedaron en el cementerio, se escondieron entre las tumbas y allí durmieron y recién salieron al otro día cuando ya no pasaba nada. (Alicia)

Yo iba con mi mamá, porque ella trabajaba en la fábrica de tejidos Graty, y a mí me encantaba ir al conventillo. Venían los policías con los caballos, los cosacos, a reprimir la huelga, a mí no me daban miedo; a mi hermano, sí. (Catalina)

En el puente viejo, me acuerdo de una pelea. Salieron las mujeres y a las que iban a trabajar les gritaban "carneras", las agarraban de los pelos y las arrastraban y las tiraban a la calle. Casi a la altura de mi casa. Y yo le preguntaba a mi papá: "¿Qué quiere decir carnera?". Eso habrá sido en el 30, porque todavía estaba el puente viejo. (María Luisa)

El 17 de octubre del 45 fue una convulsión general en todo el barrio y en diferentes lugares de aquí. Por supuesto, en la avenida Sáenz y acá, en Centenera y Cruz, que estaban las dos empresas más importantes de Bunge y Born, donde trabajaban miles de obreros (...) Y toda la gente empezó a salir a la calle, el motivo mucho no se sabía pero se veía que la gente salía a la calle. Era contagioso. Todos salieron a vitorear a Perón. Esto fue una gran movilización de la gente, y yo creo que, a partir de ahí, empezó a haber en el barrio como un movimiento político. (Mauricio)

A mí ese día no me dejaron salir a la calle. Estuvimos todos adentro, con la puerta cerrada. El barrio era tranquilo, nosotros no estábamos acostumbrados. No sabíamos qué iba a pasar. (Nilda)

En mi casa fue distinto, porque en ese 17 de octubre mi papá estuvo en la Plaza de Mayo. Yo tenía 20 años. Me acuerdo que no llegaba, y escuchábamos la radio, con mi mamá estábamos desesperadas. Para mí fue un día muy especial porque nosotros éramos partidarios de Perón. (Catalina)

La Semana Trágica, las distintas huelgas obreras, el 17 de octubre del 45... hitos fundamentales de las luchas de los trabajadores. Los relatos reflejan el protagonismo que el barrio tuvo en estos acontecimientos.

CRISIS Y ESPERANZA

Pero también los testimonios nos dan cuenta de la decadencia de la industria nacional, que marcó, asimismo, la declinación, el ocaso del barrio...

Después aparece como un ostracismo, como que Pompeya empieza a decaer y sigue decayendo día a día. Ustedes calculen que aquí, en Centenera, estaba la fábrica Alba, donde trabajaban de 4.000 a 5.000 obreros y había barrios enteros que venían a trabajar acá. Hoy en día todo eso se cayó. (Gregorio)

Creo que, a partir del 78, con la llegada de los importados, no se pudo competir y, a partir de ahí, se empezó a notar la debacle de los pequeños comerciantes. Primero las pymes, fabricantes de autopartes o talleres mecánicos que vivían en el barrio y consumían en el barrio. Es decir, no es que tenían la industria acá y vivían en otro sitio. (Silvia)

El paseo nuestro era ir a la avenida Sáenz los domingos. Era un mundo de gente. Ahora no hay un alma en la calle. Es una tristeza ahora, muchos negocios cerraron. La inseguridad, el miedo... (Catalina)

El sur fue siempre abandonado por todos los gobiernos y hoy día sigue abandonado por más que le quieran hacer propaganda. El subte que recién están haciendo es desde Parque Patricios a Once, no desde Pompeya. (Mauricio)

Pero el barrio está. Existe. Pervive. Es parte inseparable de la identidad de su gente. Es parte inseparable de la identidad de la ciudad.
Al decir de Juan José Sebreli: "El sentimiento de identidad y continuidad personal depende, en parte, de la memoria y el recuerdo de los lugares donde se ha vivido; éstos ayudan a desarrollar el sentido de pertenencia. La memoria –como lo ha observado Gastón Bachelard– no registra el paso del tiempo, y sólo en y por el espacio se concretan los recuerdos, de ahí el valor humano que cobran los espacios poseídos, los espacios amados, los espacios íntimos, los espacios vividos, entre éstos las casas, las calles, los barrios, la ciudad donde habitamos". [8]
Borges, lleno de nostalgia por el paso inexorable del tiempo y de la vida, dice que allí, en el sur, es donde encuentra su Palermo perdido, el Palermo de Evaristo Carriego, del caudillo Nicolás Paredes y de Muraña, el guapo. Porque, para él, "el sur es menos una categoría geográfica que sentimental, menos una categoría de los mapas que de nuestra emoción".[9]
Estos dos testimonios finales reflejan el sentimiento generalizado de todo este grupo:

Hay gente que reniega del barrio y yo digo: "¿Por qué?". Si el barrio lo hacemos nosotros. Si yo salgo a la calle y saludo a uno y a otro. Yo no me hallaría en otro barrio, no me hallaría. (Élida)

Está toda nuestra vida. (Olga)

NOTAS

[1] De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana-ITESO, 2000.
[2] Borges, Jorge Luis, *Textos recobrados 1956-1986*, Buenos Aires, Emecé, 2003.
[3] Manzi, Homero citado por Francisco García Jiménez en *Así nacieron los tangos*, Buenos Aires, Ed. Corregidor, 1998.
[4] Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
[5] Scaltritti, Mabel, "El surgimiento de las sociedades barriales en Buenos Aires: el caso de Nueva Pompeya", Séptimas Jornadas del IHCBA, septiembre de 1990.
[6] Gorelik, Adrián, *Op.cit.*
[7] *Ibídem*
[8] Sebreli, Juan José, *Buenos Aires, ciudad en crisis. Buenos Aires*, Ed. Sudamericana, 2003.
[9] Borges, Jorge Luis, *Op.cit.*

CGP Nº5
SECRETARÍA DE DESCENTRALIZACIÓN Y PARTICIPACIÓN CIUDADANA
DIRECCIÓN GENERAL
CENTRO DE GESTIÓN Y PARTICIPACIÓN Nº5
Director General
Sr. Juan C. Tallo
Directora Desarrollo Socio Cultural
Lic. Silvia Castelo
Jefa Dto. Cultura y Educación
Lic. Patricia Mezzelani
Jefa Dto. Acción Social y Comunitario
Lic. Gladys Moyano
gobBsAs

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
Jefe de Gobierno
Dr. Aníbal Ibarra
Vicejefe de Gobierno
Lic. Jorge Telerman
Secretario de Cultura
Dr. Gustavo López
Subsecretaria de Patrimonio Cultural
Arq. Silvia Fajre

Publicación preparada por el

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires
Tel: 54 11 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Directora:
Lic. Liliana Barela
Jefa Depto. Investigación:
Prof. Lidia González
Redacción:
Marcela Vilela
Edición:
Rosa De Luca
Marcela Barsamian
Diseño:
Fabio Ares
Programa de Historia Oral
Agradecimiento:
Museo Manoblanca
gobBsAs